

## EL TIEMPO LO DIRÁ...

La verdad es que de un tiempo aquí la actividad montañera muleña estaba de capa caída, pero no hay nada como el viento fresco y renovado que traen los nuevos aventureros, para que en un año haya cambiado todo por completo, los domingos por la mañana vuelven a tener actividad fluida, incluso sábados y festivos. Así, de esta forma surgió nuestra aventura en el Mulhacén, cuando un grupo de amigos se reúnen para pensar en actividades y alguien dice: -yo quiero vivir realmente una experiencia de mochila y saco de dormir...-

Varios eran los pretendientes a esta aventura, rehacer la ascensión al más gigante de la península, al igual que ya lo hiciéramos otros compañeros en un tiempo pretérito. Pero el futuro ya ha llegado, y en lugar de vernos para quedar y ultimar los detalles, en esta ocasión lo hicimos a través de las nuevas tecnologías, un foro de nuestra página web. Y finalmente cada uno por sus motivos, unos tuvieron que quedarse en casa y otros emprendimos el viaje.

Tras haber estado dudando hasta el último momento por unos problemas de salud familiar, llego con retraso al lugar donde quedamos para partir Apa, Mochuelo y yo mismo. De camino a Granada vamos intercambiando impresiones y caldeando el ambiente, en Granada recogemos a nuestro compañero Chucho y nos embocamos a nuestro destino final, La Alpujarra, la cara sur de Sierra Nevada, más allá de la última población de Capileira, hasta el lugar en el que ya hay que abandonar los medios mecánicos y comenzar nuestra aventura pie. Vamos a subir a los 3.483m del Mulhacén.

Llegamos a la Hoya del Portillo a las 2h30' de la madrugada después de un incesante mar de curvas, y algún vómito de urgencia, ponemos los pies en el suelo y comienza la aventura. Lo primero es dormir, pensábamos hacerlo en la tienda de campaña, pero nos aprovechamos de unas cornisas en el área recreativa y dormimos a su abrigo, pero con el frío atacando a nuestra nariz que es lo único que quedaba fuera del saco para que no se nos olvidara aquello de respirar aire fresco y puro. La noche fue tranquila y por la mañana desayuno, rehacer mochila, y con ella a la espalda nos dirigimos a la mitad de la etapa, el Refugio de Poqueira. Al subir la primera loma divisamos impresionados las moles de roca y nieve que nos aguardaban escondiéndose tras las nubes. El camino fue muy entretenido, nos relacionamos con lo más distinguido de la fauna silvestre, caballos, cabras, rebecos, perdices, etc. A veces es difícil ver tanta diversidad animal fuera de un parque zoológico, de ahí que nos impresionara tanta vida salvaje en lugares inhóspitos como este. También nos impresionaba la adaptación del hombre al medio, pues podíamos ver en laderas casi inaccesibles casas y corrales para deleite de nuestra imaginación. Tampoco se hicieron esperar nuestros primeros contactos con la nieve, que para sorpresa nuestra estaba más arriba de lo que en un principio pensábamos. Y así, entre pasos y risas llegamos al Refugio de Poquiera a la vez que la lluvia. El Refugio para mí es un albergue, con su salón, cocina, comedor, literas, menú, baños e incluso rocódromo. Paramos para comer algo y continuar la ascensión, no sin aprovechar el mágico calor del fuego de la chimenea, que seca la ropa y calienta el espíritu. Nos demoramos un poco en la salida porque las llamas nos atrapaban y fuera la lluvia no cesaba, pero las

El tiempo lo dirá...

inclemencias no achantaron nuestro ánimo, y con el agua sobre nuestras cabezas continuamos la marcha hacia el Refugio-Vivac de la Caldera. Comenzamos la ascensión por el Río Poqueira siguiendo unos hitos de piedra, y según ganábamos altura, la complicación ascendía tras nuestras huellas.

Lo que empezó siendo una llovizna se fue convirtiendo en nieve según ganábamos altitud, las nubes y la niebla se fueron cerrando a nuestro alrededor, el viento nos azotaba y la pendiente iba en aumento, además de caminar por un sendero incierto, con rocas sueltas cubiertas de nieve blanda. En poco tiempo nos vimos engullidos por un temporal que nos limitaba la visión a unos diez metros por lo que perdimos por completo cualquier tipo de referencia. Aún así continuamos ascendiendo intentando encontrar entre la nada el próximo hito de piedra que nos aconsejara sobre el buen camino. Al paso que ascendíamos era más la cantidad de nieve y más difícil progresar, la noche venía sobre nuestras espaldas, y ya hacíamos cálculos de que tendríamos que hacer noche en la tienda de campaña irremediamente. Cada vez que llegábamos a un rellano pensábamos: -aquí tiene que estar el refugio-, pero nuestras ilusiones eran vanas y continuábamos ascendiendo de forma incierta. Una y otra vez sacábamos el plano para intentar situarnos, pero la niebla, la nieve y la noche nos envolvían, haciendo imposible encontrar alguna referencia fiable. Durante horas fuimos presas de la desesperación, que crecía como el espesor de la nevada. Tras largo tiempo de desorientación y cuando ya estaban las cuentas hechas para dormir en la tienda, nos pareció encontrar lo que podría ser la carretera cubierta de nieve a 3.000m, lo que nos daba la pista de que cerca estaría nuestro refugio, y tras escudriñar los recovecos del entorno conseguimos vislumbrar una forma semicircular medio cubierta por la nieve que nos haría pasar la noche más agradable. Pensábamos que no encontraríamos a nadie pues no se veían huellas, pero es que la nieve las había borrado y en su interior se encontraban cuatro europeos a punto de meterse en su saco. Al entrar la sensación de alivio fue superlativa, aunque este lugar de 30m cuadrados con cuatro paredes, un pollete, una mesa y una litera de hormigón puedan dar otra sensación diferente a priori. Nos pusimos ropa seca y a cenar rápidamente, los hornillos empezaron a calentar los cacharros y nosotros a intercambiar comida y experiencias. Estos momentos siempre han sido especiales para mí, allí estaba con otras personas que en mi vida diaria no tengo especial confianza, e incluso a quien no conocía, pero la espontaneidad, la sensación de libertad y liberación, el encontrarnos en un entorno desconocido y abierto, hace que se creen lazos humanos que no sería posible de ninguna otra forma, nos relacionamos como si llevásemos toda la vida juntos, y hasta nos atrevemos a tratar temas trascendentales. A las nueve de la noche ya estábamos todos durmiendo, y es que nos dejamos en casa la radio, la televisión, la consola, la luz eléctrica y el agua corriente. La noche fue tranquila, con el único sobresalto de despertarnos a las 1 de la madrugada pensando que ya era de día y no teníamos más sueño, y es que eso de acostarse como las gallinas tiene sus riesgos.

A la mañana siguiente nuestras ilusiones se fueron al traste. Continuaban las temperaturas bajo cero, y uno de los otros ocupantes del refugio nos sacó de dudas, desde la ventana sacó el cazo y lo llenó de nieve, lo que quiere decirse que había estado nevando toda la noche y estábamos

El tiempo lo dirá...

cubiertos hasta las trancas. Quisimos comprobarlo nosotros mismos, y al asomarnos el mismo paisaje desolador, niebla, frío y nieve. Así que desayunamos tranquilamente y pensamos en hacer la maleta para ir descendiendo poco a poco. Una vez más los elementos ponen las condiciones, y era de locos intentar la ascensión sin ver el camino y con la nieve a la altura de las rodillas, sólo 400m nos separaban de la gloria, pero hay ocasiones en que una retirada a tiempo vale más que mil victorias. Cada poco tiempo alguno de nosotros salía del refugio para coger nieve y hacer agua, para orinar, para hacer una foto, para estirar las piernas... y en una de esas, con las mochilas ya preparadas para emprender la vuelta vimos un atisbo de luz en lo alto y algo que parecía la ladera de nuestro coloso, no lo pensamos dos veces, dejamos el equipaje y como niños en el día de Reyes Magos corrimos con la ilusión de alcanzar nuestro ansiado regalo.

Nuestros primeros pasos fueron muy satisfactorios, pues podíamos ver como se despejaba poco a poco la niebla. Al rato ya fuimos entrando en vereda y pudimos comprobar en nuestras carnes que aún no estaba todo ganado, la intensa nevada de la noche anterior hacía que abrir huella fuese un penoso trabajo. A la profundidad de la nieve se le venía añadiendo la dura pendiente a superar desde la Laguna de la Caldera a la cima, pero no cedimos en nuestro empeño. Las nubes iban y venían, el viento soplaba fuerte y frío y el desnivel se acumulaba. Entre nubes y claros podíamos entrever el espectacular paisaje circundante. En el fondo del valle comenzamos a distinguir otros montañeros que subían desde Poqueira y aprovechaban nuestra huella para progresar con ligereza. El cansancio se acumulaba, al igual que las ganas de ollar la cumbre.

En un momento de parada, vimos como nuestro compañero Manolo sufría con sus maltrechas botas, remendadas a base de bolsas de plástico que le hacía dudar en su empeño. Tenía los pies helados y le costaba progresar, sus botas ya habían perdido todas las propiedades por las que una persona se compra unas botas de montaña, suela agrietada y despegada, costuras rotas, cuero resquebrajado... sólo unas bolsas de plástico que rodeaban sus pies y sus botas, le hacían estar allí al límite de la coherencia. Finalmente a mitad de ladera se separaron nuestros caminos, Manolo cedió con cabeza gacha y nosotros subimos con el corazón en un puño. Lamentando la pérdida de nuestro compañero continuamos los tres, la subida era más dura paso a paso, fuerte pendiente, nieve blanda, nieve dura, rocas movedizas, viento polar y una cima inalcanzable. Lo que nos servía de respiro eran las impresionantes vistas una vez que se despejaron las nubes y dieron paso a una claridad que hacía de las formas y los colores un poema. Veíamos el Veleta, la vertiente Norte del Mulhacén, el sur de donde veníamos y una subida sin fin.

Al girar la cabeza para ver el desnivel alcanzado hasta ahora, noto que Manolo ha invertido su camino, y en vez de bajar vuelve a subir, puede que haya encontrado bolsas de plástico de alta montaña y sus pies se lo agradezcan, aunque será más su espíritu indómito y su afán de llegar a la cumbre de esta gran montaña el motor de sus piernas. El momento está aquí y ahora. Una vez que nos volvemos a reunir todos, nos damos un abrazo y continuamos la marcha, esta vez de forma decidida e inequívoca debemos alcanzar la cima. Y así como sin darnos cuenta de la forma más sencilla,

El tiempo lo dirá...

después de tanta complicación, siguiendo un pie al otro, levantamos la mirada y de repente vemos que finaliza la pendiente, la cima está ante nosotros y lo hemos conseguido, levantamos las manos en señal de victoria, hacemos aspavientos, gritamos, gemimos, nos emocionamos y nuestros ojos se ponen cristalinos. Nos damos abrazos y felicitaciones, y respiramos profundamente desde el punto más alto de la península. Es hora de las poses, de acicalarnos bien para la foto, la imagen que para siempre nos recuerde que el Mulhacén estuvo bajo nuestros pies. Estos momentos tienen valor en sí mismos, muchos pensarán lo inútil de subir montañas, y nosotros hacemos de nuestro camino una vivencia insólita, única e irrepetible, que adquiere una valía capaz de traspasar los límites de la lógica y lo mundano.

Tras estos momentos de gloria el cielo vuelve a encapotarse anunciando que se cierra el telón y nuestra siguiente función es volver a casa. Las bajadas nunca son fáciles, menos con tanta pendiente y menos con tanto cansancio. Volvemos sobre nuestras huellas para recuperar las mochilas del Vivac de la Caldera, utilizamos diversas técnicas para el retorno como son el talonaje, el zigzag, el caracoleo e incluso el siempre socorrido arrastraculo. En el descenso vamos saludando a los que ahora suben, no en vano hemos sido los primeros de la jornada en alcanzar la cumbre. Y una vez en la Caldera reponemos fuerzas y nos regocijamos en nuestro interior de la gesta personal y de grupo que hemos logrado, aunque ahora nos toca el retorno ya no habrá nada que apague el fuego interno que nos cobija.

Así, entre nubes y claros comenzamos el siguiente tramo de descenso que nos ha de llevar al Refugio de Poqueira. Esta bajada es ya más tranquila y animada, vamos intercambiando impresiones, dando saltos y resbalones. Según vamos bajando, la nieve se va derritiendo por una fina llovizna que hace delicados algunos pasos con riesgo de caídas. Así que agudizamos la atención y otra vez volvemos al Refugio entre nieblas y aguas. Ya desde este punto la cosa nos parecía coser y cantar, pero el camino todavía nos deparaba grandes sorpresas.

Una densa niebla subía valle arriba, de este modo la bruma nos volvió a cubrir el ánimo. Continuamos la bajada hasta el coche, ya quedaba la parte con menos pendiente y más sosegada, pero cada paso nos hacía ver que la grande nevada de la noche anterior cubría la mayor parte del terreno, ocultando sendas, hitos y caminos. La niebla nos rodeaba, cegando nuestro retorno, y una vez más nos vimos ante el desconcierto de la desorientación. Sin nada más que seguir que nuestra intuición sobre la lectura de un mapa y unas huellas inciertas continuamos los pasos, la niebla se espesaba, un frío viento golpeaba nuestros cuerpos y nuestras ganas de volver nos aceleraban el latido del corazón. Nuestra andadura eran palos de ciego, sin ver un horizonte, caminando con la venda de la neblina en nuestros ojos. Todo a nuestro alrededor era blanco, sin luces ni sombras, sólo blanco arriba y abajo, el sempiterno soplo del viento en nuestros oídos y la incertidumbre sobre nuestras cabezas. A diferencia de la ascensión por estos lugares el día anterior, ya no nos deteníamos a admirar la espectacular flora y fauna, sólo el mapa y la brújula captaban nuestra atención ante similar desconcierto de despropósitos. El tiempo transcurría lento y nuestros pasos pesados. El camino

El tiempo lo dirá...

que utilizamos para venir el día anterior fue entre sendas y campo atraviesa, pero hoy el terreno era irreconocible, así que intentamos seguir la estela de una amplia pista forestal. De este modo sin quererlo nos vimos en una nueva ascensión, esta pista poco a poco ganaba altura para llegar a un collado donde comenzaría el verdadero descenso. Cargados con las mochilas, cansados, desorientados, sobre un buen espesor de nieve blanda... nos parecía más fácil volver a subir el Mulhacén que retornar a casa. Además nuestros compañeros de vivac de la noche anterior se nos habían pegado a cola pues ellos tampoco tenían idea de cómo volver a Capileira, así que era otra responsabilidad más sobre nosotros. En nuestras paradas para leer el mapa intercambiábamos alguna palabra en espanglish y unas barritas energéticas que debían estar prohibidas, pues levantaban el ánimo como el viento a una pluma.

Una vez alcanzado el collado todo fue más fácil, pues aunque seguíamos con la misma visión truncada, se hacía más evidente seguir la pista forestal y ya teníamos la seguridad de que sin apartarnos de ella, y siempre descendiendo de nivel alcanzaríamos nuestros vehículos, aunque eso sí, este camino era más largo varios kilómetros que el empleado en la aproximación el día de ayer, lo que se traducía en más tiempo de demora. Entre las barritas de nuestros compañeros de cola y el ánimo restaurado por la certeza de estar en el buen camino ya no importaba casi nada, ni la furia de los elementos, ni el peso de las mochilas, ni los kilómetros restantes, sólo importaba nuestro certero retorno. Y tras atravesar las primeras pinadas, dejar atrás la blanca nieve y llegar al gran cortafuegos, un vericuetto sendero nos devolvería al coche. Miramos atrás por última vez, para ver lo que dejamos atrás, y allá quedan las altas montañas, ocultas entre las nieblas, y nuestra pequeña aventura que impregnará nuestro recuerdo para siempre.

Ya volvemos a la pasajera vida mortal, nos descargamos, cambiamos nuestros atuendos y tomamos una comida/merienda/cena. La aventura termina donde mismo empezó, afortunadamente para todos con un final feliz. Serán cerca de las siete de la tarde, un largo camino de vuelta nos espera dentro del coche, en unas horas nos reuniremos con la familia, pero mientras tenemos camino para ir reposando nuestra corta e intensa experiencia, y para comentar los mejores, y peores momentos. Estamos fatigados y sabemos que mañana hay que trabajar, y al otro, al otro... pero esta ascensión, será singular entre otras muchas, pues no sólo hemos estado en el punto más alto de la península, y vencido a los elementos con nuestra persistencia y audacia, también hemos sembrado juntos el germen de la unión humana entre un grupo de personas con el que cualquier aventura merece la pena ser vivida.

Al sur de Granada, un 24 de febrero de 2008.

Jose Antonio Rodríguez Sánchez